

vocación de los filósofos griegos y romanos, nos invita a realizar un esfuerzo más allá de la dimensión teórica. Si bien hemos asumido la inexistencia de una conexión analítica entre conocimiento y virtud, ello no implica, necesariamente, el con-

formarse con la incongruencia; por el contrario, se trata de proponernos crear una conexión sintética entre estos elementos para otorgar no sólo rigor académico a nuestras expresiones orales y escritas, sino también vitalidad y autoridad moral.

RESPUESTA A LOS FILÓSOFOS Y SUS PALABRAS

Sergio Pérez Cortés

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapala, México

Ante todo quisiera agradecer la oportunidad que me ofrecen los colegas de la *Revista Internacional de Filosofía Política* abriendo el espacio correspondiente al debate, a mi trabajo. Luego, agradecer igualmente a María Pía Lara y Enrique Serrano Gómez por sus comentarios que sirvieron asimismo de base para la presentación del libro en su momento. En ambos comentarios el espíritu de mi empresa queda perfectamente expuesto, lo que en cierto modo condiciona mi respuesta, condenándola más bien a agregar que a debatir, a precisar más que a confrontar sus palabras. En efecto, *Palabras de Filósofos...* parte de una cierta concepción del quehacer filosófico que se obstina en mostrar una y otra vez que resulta posible, desde una perspectiva histórica, a la vez tomar una distancia reflexiva de nosotros mismos y, en consecuencia, establecer una mirada crítica a nuestro presente. En este caso específico, tal intento se concentra en los hábitos intelectuales de los filósofos antiguos con el fin de mostrar un universo sensiblemente diferente al nuestro, debido a la intensa participación de la voz viva y la memoria, al menos en el mismo grado que la página escrita, en la producción y difusión del saber filosófico.

En efecto, la voz viva ha sido un medio de expresión permanente de la filosofía, pero no siempre ha recibido la misma valoración. En nuestros días, la palabra pronunciada ya no ocupa un papel preponderante debido a la convicción de que la filosofía ha de ser producida, transmitida y enseñada mediante el libro que es escrito, y luego leído, en silencio. La autoridad del filósofo descansa en sus escritos y no ya en sus palabras. No podría ser de otro modo porque durante muchos siglos hemos estado inmersos en una cultura de la escritura, y ésta ha acabado por imponerse con el peso abrumador de los hábitos cotidianos. Las páginas no siempre fueron silenciosas y durante largo tiempo requirieron de la animación de la palabra pronunciada, pero a fin de cuentas el milagro del texto terminó por acallar la voz. El marcado carácter textual de la filosofía moderna se manifiesta de distintas maneras, empezando por los lugares mismos de trabajo: sitios repletos de libros, notas y obras de referencia, refugios íntimos, apartados, personales en los que el sigilo refleja el placer del escritor y el lector solitario ante su página muda. Naturalmente, tal predominio de la cultura textual también se muestra

cuando la investigación filosófica adquiere su forma escrita, como libro o como artículo. Entonces, el texto posee un extenso aparato bibliográfico que con frecuencia refleja sólo pálidamente las obras consultadas por el autor, en el que éste reconoce sus deudas intelectuales, devuelve a otros la paternidad de sus palabras, señala con detalle dónde las ha encontrado y termina por insertarse él mismo en ese entramado interminable de signos escritos que finalmente lo legitima y lo justifica como autor. No es exagerado afirmar que, más que de su autor, los libros hablan de muchos otros libros. Muy pocos filósofos se atreven a desafiar este dispositivo textual; más aún, para hacerse reconocible como profesional, cada uno ejerce esas virtudes librescas de la mejor manera posible. Representa un riesgo serio violentar o simplemente desobedecer esas normas. Tal elección, en caso de efectuarse, es considerada una suerte de excentricidad y el término mismo de «ágrafo» que designa a quien lo intenta, posee un tinte de anomalía.

Conviene violentar esa evidencia, aún a riesgo de provocar una pequeña incomodidad entre el cúmulo de actos que gratifican nuestra vida cotidiana. Para ello, nuestra estrategia consiste en presentar la filosofía grecolatina, un momento en que la voz viva, la memoria y las artes de la retórica participaban en un plano de igualdad con la página escrita. A semejanza de lo ocurrido en toda la cultura occidental, en la filosofía hubo un tránsito desde la sociedad tradicional basada en la palabra pronunciada y escuchada, hasta la implantación de la palabra escrita y el texto autónomo. Este pasaje requirió siglos de transformaciones cuyo resultado es la presencia masiva del escrito. No deseo dejar duda de la importancia del acontecimiento: la escritura tuvo un papel decisivo en la configuración de la disciplina, al punto que se podría sostener que la filosofía en

occidente nació con el corazón animado por el texto. Pero debió remover a los antiguos inquilinos de la cultura tradicional: la voz y la memoria. La escritura no hizo surgir una nueva facultad intelectual, pero su implantación provocó en los filósofos antiguos un nuevo juego de las facultades y los hábitos intelectuales, de los actos y de los gestos que también contribuyen —eso sostenemos— una parte del saber.

Ciertamente, desde el inicio de la actividad filosófica, la escritura estuvo presente. La innovación de la escritura alfabética antecede de más de dos siglos a la aparición de la filosofía. Desde el punto de vista técnico, no había ningún obstáculo para que los filósofos pudieran expresar sus pensamientos mediante signos visibles, pero este hormigueo siempre creciente de textos coexistió con el enorme prestigio de la palabra viva, la retórica y la memoria, es decir, con los recursos de la cultura oral que eran, además, las vías de acceso al prestigio y al poder. De tal coexistencia proviene una trama particular: ese modo de producción y circulación oral y memorístico era capaz de ofrecer su propio mundo simbólico y suscitar afectos, emociones y comportamientos altamente estimados. A los ojos de los antiguos, ese proceso sonoro, audible y vibrante no cedía en nada ante el valor de la escritura. Ante la escritura, los filósofos reaccionaron de diversas maneras: unos se pusieron a escribir con pasión desbordante, pero otros lo hicieron no sin antes expresar sus reservas y en ciertos casos lamentando la pérdida del animado mundo de la voz; por último, también hubo quienes decidieron abstenerse de escribir o de hacer circular sus escritos, considerando que los objetivos de la filosofía estaban cumplidos con la transmisión verbal de sus ideas a sus discípulos directos. Todos ellos son indicativos de que los signos visibles de la escritura no desplazaron de

manera inmediata a los signos verbales del mundo tradicional. No hubo una ruptura inmediata con la tradición verbal y tampoco una transformación instantánea del pensador tradicional en escritor, sino una larga colaboración entre la voz, la memoria y la página en todos los dominios del trabajo intelectual.

Los rastros de esa colaboración se extienden en diversas direcciones porque el carácter oral, aural y memorístico impregnaba todos y cada uno de los comportamientos del filósofo, lo mismo que nuestros hábitos textuales determinan todos nuestros actos. Tal colaboración se mostraba en la decisión del filósofo de recurrir o no a la escritura, pero también en la manera en que sus palabras serían conservadas, sea por escrito, sea durante cierto tiempo en la memoria o como notas de curso. Ella influía igualmente en el modo de expresión adoptado: algunas veces, para facilitar la retención de sus doctrinas, el filósofo hacía uso de la expresión versificada, o bien recurría a diversos géneros literarios como el diálogo o la carta, la exhortación o el escrito consolatorio, indicando con ello que deseaba que la conversación no cesara, que continuara aún bajo el ropaje escrito. De cualquier modo, y en todos los casos, el filósofo sabía que sus obras no serían leídas en el tono neutro y relajado de la lectura silenciosa, sino en el estilo vibrante y declamatorio de la lectura vocalizada en la antigüedad. Y así pretendía que fuera, porque eso aseguraría una difusión más amplia en lecturas públicas, o bien corriendo de la boca al oído, en un auditorio mucho más extenso del formado por sus lectores potenciales. En breve, no existía un solo aspecto de la actividad intelectual que escapara al contexto oral, memorístico y textual. Es en este contexto que se produjo ese monumento espiritual que hoy reconocemos en la filosofía antigua. Las obras maestras que hoy leemos

como texto fueron elaboradas con los hilos de la audición y la memoria.

El filósofo antiguo escuchaba leer más de lo que leía por sí mismo, muchas veces no tomaba notas sino que memorizaba la información que más tarde le sería útil para componer sus propias obras, que serían dictadas a uno o más secretarios, para luego difundirlas verbalmente en lecturas públicas y en copias manuscritas. Era un medio ambiente de la palabra, el oído y escrito. Es preciso reconocer que entre todos ellos, las palabras son fugitivas y se pierden apenas son pronunciadas. Por eso, para encontrarlas nuevamente es necesario detectar las huellas que han dejado en los textos escritos preservados. Afortunadamente, esa tradición oral quedó depositada en los textos, entretejida y muchas veces olvidada en medio de argumentos, preceptos y doctrinas. La filosofía antigua se expresó por escrito y gracias a ello poseemos huellas de su reflexión sistemática, pero también recurrió a la voz viva, dotándola de un significado y una valoración que se han perdido y que hoy resultan difíciles de reconstruir. La nuestra es pues una invitación a desplazar por un momento la atención de los aspectos doctrinales, sistemáticos y argumentativos que normalmente dominan la aproximación al texto para concentrarla en los susurros, los gritos o los murmullos que esos escritos dejan oír, es decir, a esas evasivas *palabras de filósofos*.

Sostener que la filosofía antigua tenía un fuerte carácter oral no es, por supuesto, una novedad. Las historias de la filosofía, lo mismo que las monografías sobre tal o cual autor lo señalan con cierta frecuencia, un poco de pasada. En cierto modo nuestra tarea consistió en reunir de aquí y de allá esos pequeños signos dispersos. Pero fue con el propósito de devolver a esas minucias una dignidad que realmente merecen. Eran más que metáforas aque-

llas expresiones según las cuales las páginas «cantaban», aunque es verdad que se ha perdido la habilidad de escucharlas. Reuniendo todos esos signos de aprecio dirigidos a la voz y a la memoria deseamos restaurar el animado universo de esos intelectuales que a ellos confiaron su autoridad y su permanencia.

En esa trama compuesta por signos visibles, signos audibles y remembranzas debían desenvolverse las facultades intelectuales y emocionales de los filósofos antiguos. En ella se desplegaba su imaginación y sus ideales, se organizaba su entendimiento y se ejercía su razón. Ahí obtenían ellos su propia identidad como intelectuales, debido a la posesión de esas habilidades retóricas y memorísticas excepcionales que exigían una larga preparación física y mental. Por esa misma trama, sus obras nunca estaban lejos de la voz y la rememoración, las cuales modelaban su contenido, influían en su forma, participaban en su difusión. Es posible postular entonces que existía una continuidad entre los procedimientos utilizados, el intelecto y sus resultados. Lo que representa una tesis filosófica importante en la concepción que nos formamos de los hábitos del intelecto. Si todo lo dicho anteriormente es cierto, los autores y sus obras no pierden valor, pero se muestra que ambos existieron al interior de un cierto juego de procedimientos dentro de los cuales los actos del entendimiento se precisan y adquieren forma. Debido a su vínculo con el uso de las aptitudes cognitivas del individuo, las habilidades de lectura y escritura ofrecen un observatorio privilegiado a esos actos del intelecto. Ellos prueban que el intelecto no es una aptitud carente de determinación, porque la utilización de las facultades humanas está asociada a los dispositivos técnicos y discursivos a su alcance. La antigua asociación entre la voz, la memoria y

la página corresponde entonces a uno de los capítulos de la fenomenología del espíritu, esta vez referido a la conciencia que realiza la experiencia de los artefactos literarios. Y si esta historia concluye que las obras y el filósofo antiguo son diferentes a nosotros, no es porque los considere «primitivos», porque obedezcan a otras reglas lógicas, o porque posean otra mentalidad, sino sencillamente porque son resultados de otros procedimientos.

Finalmente, el libro busca ser una contribución a nuestra comprensión de la historia de la filosofía y a las características de la disciplina, como lo señala el Dr. Serrano en su comentario. La filosofía guarda con su propia historia una relación particular. A diferencia de muchas disciplinas cuyos textos fundadores datan de unos pocos decenios atrás (a lo más de algunos siglos), los jóvenes filósofos están obligados a leer textos que tienen dos mil quinientos años de antigüedad, y no para leerlos como vestigios interesantes, sino como parte de su capital activo, con el riesgo de asumir que las motivaciones y las expectativas del autor antiguo eran las mismas que las de su colega contemporáneo. Como parte de su formación consideramos necesario prevenirles del contexto en que estos escritos fueron producidos, leídos y difundidos. Hay una forma de honrar a los ancestros espirituales que consiste en mostrar que el hilo que nos une a ellos jamás se ha roto y que, salvo detalles, ellos son indistinguibles de nosotros. Nuestra manera de honrar al pasado, por el contrario, desea reconocer lo que de específico tenía su situación y sus vidas, subrayando que sus preocupaciones no eran idénticas a las nuestras y sobre todo, tomándolos como testimonio de que no existe una relación única del sujeto consigo mismo y que los filósofos han modelado una y otra vez su propia imagen, aún en el caso de los hábitos básicos del intelecto.